

¿Es el momento de resucitar a Keynes?

Opinión

El mundo está altamente globalizado y es paradójico cómo ha fracasado nuevamente la famosa premisa Laissez Faire,¹ del modelo clásico, cuyo éxito fue a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, el cual se basaba en el libre mercado y en la no intervención del Estado en la Economía. Este modelo sufre un gran colapso económico en Estados Unidos en 1929, llamado “la gran depresión de los años 30”, que provocó índices de desempleo, de inflación y de quiebras de empresas nunca antes vistos, con cifras récord en ese momento, para ese país.

Esa crisis fue superada gracias a John Maynard Keynes, quien centró su análisis en las causas y consecuencias de las variaciones de la demanda agregada, y sus relaciones con el nivel de empleo y de ingresos, para sacarlos de esa crisis, dando paso lo que hoy se conoce como Políticas anticíclicas (contracíclicas, según otros autores), cuyo interés final es poder dotar a unas instituciones nacionales o internacionales de poder, para contrarrestar en la economía las épocas de auge y recesión o crisis (prolongadas o severas), ejerciendo el Estado un control sobre la economía mediante el gasto presupuestario del Estado, es decir, a través del manejo adecuado de la Política Fiscal.

Cuando se está en auge, los Estados deben procurar incrementar sus ingresos fiscales, es decir, captar más impuestos de la economía, aprovechando la bonanza; sin embargo, cuando se está en recesión, deben crearse condiciones favorables de menores impuestos para incentivar la inversión privada y el consumo doméstico, procurando así reactivar la economía.

En nuestro contexto, sería conveniente aplicar políticas anticíclicas, en vez de las procíclicas, es decir, las que funcionan fiscalmente para acentuar la recesión, porque debilitan la inversión privada y contraen significativamente el consumo doméstico.

La autorregulación del mercado refutada por Keynes a los economistas clásicos, que asumen que el equilibrio del mercado no necesita la intervención del Estado, ha fracasado con la actual crisis mundial, donde el mercado fue incapaz de evitar tal desastre económico y financiero, haciéndose nuevamente válido el postulado keynesiano, de que el equilibrio al que teóricamente tiende el libre mercado, depende de otros factores, y no implica necesariamente el pleno empleo de los factores de producción, sino de otros factores intangibles, como la ética financiera que provocó la actual crisis mundial.

La crisis financiera de Nueva York Se produce esta crisis porque varias empresas y entidades bancarias y financieras sufrieron una gran disminución en sus activos a causa de tener inversiones en bonos hipotecarios que, al disminuir su cotización, provocaron la quiebra de estas entidades.

Estos bonos fueron emitidos por las entidades financieras respaldadas por hipotecas que suscribían con ciudadanos norteamericanos para la compra de sus viviendas, pero el aumento permanente en el valor de las viviendas, y un alza de los intereses de las deudas contraídas por estas hipotecas, comenzó a generar el atraso y posterior incumplimiento de los pagos por parte del deudor hipotecario.

Los bancos comenzaron a tener menor liquidez en sus activos, y

tuvieron que bajar la oferta de nuevos créditos, y, en paralelo, los bonos hipotecarios que habían lanzado al mercado, cotizaban a mayor valor de lo que podrían pagar. La burbuja especulativa explotaba, y con ella se derrumbaban los valores de los bonos y acciones que se habían emitido en función de las hipotecas firmadas.

Desde 2002 hasta 2007, EE.UU. tuvo una alta expansión de la inversión y el crédito, que incrementó de manera significativa el consumo improductivo, y artificialmente el precio de los bienes inmuebles. A partir de 2007 sucede lo contrario: el valor de los inmuebles cae aceleradamente a un ritmo mayor que en 1929. Y con mayor extensión: en 1929 la crisis inmobiliaria estalló en la Florida. La actual crisis abarca el Sur de California, la Florida, Nebraska (Las Vegas), y casi todos los estados alrededor del Lago Michigan, entre otros.

A partir de marzo, las quiebras han ido aumentando en dimensión y en complejidad, hasta llegar, en septiembre, a la quiebra de AIG, la aseguradora más grande del mundo. Su rescate no calmó los ánimos, por el contrario, aumentó la volatilidad, que provocó el lanzamiento en la siguiente semana una nueva “Ley de Emergencia Económica” (700 billones de dólares cerca del 4% del PIB), pero no se detuvo el desplome de las bolsas. La crisis estadounidense ha contagiado a instituciones que compraron créditos derivados que se aseguran contra el impago de hipotecas, lo que provoca quiebras de bancos de inversión y la eliminación de dichos instrumentos del mercado.

Autor: Carroll Antonio Siero P.
Coordinador de la Maestría de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales UCA